

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 0211-2337

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.75673>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Parellada, Ricardo. *El orgullo ¿vicio o virtud?* Madrid: Síntesis, 2019.

Este libro no lo fui a buscar, llegó a mis manos como sugerencia por afinidad a mis gustos filosóficos, aunque este no es mi campo profesional ni académico. ¡Qué sorpresa! ¡Qué gran libro! Muy bien escrito, con ideas claras y desarrolladas con maestría. También enjundioso y erudito. Nada de ello impide al autor utilizar un humor sutil e irónico allí donde pega y no rompe el discurso. Al revés, lo refuerza y relaja facilitando su comprensión.

El objeto del libro es el estudio repasado y reposado de los sentimientos y la actitud de orgullo en la historia (especialmente la griega), la filosofía (parte analítica con protagonismos de Santo Tomás, Nietzsche y Ortega y Gasset), y su relevancia en el mundo contemporáneo con su plasmación en manifestaciones de la identidad y una visión de futuro o post orgullo. El autor parte de y explica recurrentemente la dualidad estar orgulloso y ser orgulloso. Sentimiento y carácter. Dos constituyentes de su objeto de estudio, pero distantes en naturaleza, valor y consecuencias.

El orgullo en su versión de apetito por querer ser siempre superior (la mala) lleva real o potencialmente un pecado: la comparación con entidades superiores. Y la pretensión desordenada de ganar. El no sometimiento es el origen de todo pecado: *el apetito desordenado de la propia excelencia* (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*). Este lado negativo del orgullo es la fuente de todo mal decidido bien sea divinamente creando demonios (el Ángel insumiso) o humanamente creando descarados desproporcionados entre potencias, esfuerzos y realidades (importante para entender algunas desfachateces del mundo actual), conceptualizado en el libro y en la historia filosófica y filológica como *húbris*: ultraje, desmesura, insensatez o insolencia. Les sonará... En esto reside el desorden. Este orgullo malo también tiene en su naturaleza desproporción, desconocimiento propio y prisa. El autor nos recuerda que el error no está en el entendimiento de la persona soberbia sino en su voluntad. En abandonar decididamente el principio al que cualquier espíritu debe someterse: nunca se sabe suficiente. El soberbio se hace principio para sí mismo. El inicio de todo pecado está en esta incapacidad para someterse porque, en realidad, es más importante la oposición y la comparación que aplazar dicha constatación a los frutos de un ordenado sacrificio donde es casi imposible no reconocer superioridades.

El acto de rebeldía siempre es puntual y rápido, una pulsión que ubica en un lugar siempre desagradable que exige trabajo para justificarlo. Por la soberbia espiritual el hombre se separa del bien inmutable en un acto único. Por la soberbia moral, de los bienes mutables que por ser tales propende a tantos pecados como superioridades hay en la vida. De ahí la dificultad de ser ordenado. El soberbio moral se niega el permiso para la especulación necesaria: nadie de quien aprender. Tiene prisa. Su objetivo es la comparación constante. Contempla con fastidio la excelencia de la verdad. De ella puede saber cómo es, pero no cómo sabe porque el esfuerzo necesario implica, de alguna manera, sometimiento.

Sentir orgullo por algo o alguien (el bueno) no es fruto directo de la voluntad sino efecto indirecto de un propósito propio o ajeno que nos es cercano. Implica humildad para reconocerse ignorante, condición del aprendizaje porque regula el apetito de excelencia. Sin humildad es imposible tener la templanza necesaria para saber. El apetito regulado, humilde y ordenado de lo grande es la magnanimidad o grandeza del alma. Una aspiración a las cosas grandes o nobles no necesariamente propias: ideas, valores, principios, verdades, etc. Una aspiración sencilla, sin desmesuras, con tiempo y prudente.

El verdadero conocimiento exige sencillez ante la inmensidad de lo desconocido por mucho que la razón nos dé tentaciones de verdad como a Eva en el paraíso. Ella no utilizó la razón recién estrenada hasta sus últimas consecuencias (será por eso) de haberlo hecho le hubiesen llevado a la sencillez. En algún momento tuvo prisa. Tampoco nadie nos enseña a usar la razón más allá de la fe exigida. Salvo en la ciencia, a veces. Para llegar a los límites razonables de la razón hay que esforzarse mucho y hacerlo de modo tranquilo y humilde (orden). En el tránsito hasta ese lugar se pierden muchos. En realidad, lo raro es no perderse.

El autor realiza un gran y extenso análisis del Fausto y su mitología en relación con la ambición del saber. Se descubren muchas cosas de este análisis literario visto a la luz del orgullo. Mucho más que una novela y sus variadas versiones desde Goethe a Thomas Mann. El precio de la sabiduría plena es la muerte por no respetar los tiempos naturales del aprendizaje y la impiedad de esa ambición. El mensaje es este: el abuso de la inteligencia conlleva, necesariamente, la negación de Dios. Fausto concreta los dos tipos de soberbia: la soberbia

moral vendiéndose al diablo y la soberbia intelectual pretendiendo la verdad plena. Ni Aristóteles fue capaz de poner nombre a la virtud de ser acorde con las propias capacidades. Incluso es infrecuente reconocer a quien tiene aspiraciones por debajo de sus capacidades (pusilánime).

El libro hace un análisis detallado de la crítica de Nietzsche a la moral cristiana en su jerarquía de valores y ambigüedades. Al referirse al proceso de creación del paradójico Zarathustra el propio autor afirmaba que escribía a veces con sangre y otras a martillazos. Un corazón destrozado, orgulloso e incurable, pretendiendo explicar qué es un hombre superior. Gran análisis de Nietzsche y explicación de una pretendida superioridad moral no conseguida.

También Unamuno es analizado en relación con el apetito de verdad cordial e irracional de la inmortalidad del alma; la finalidad humana del universo entero, la cual tiene una prueba moral que Unamuno formula a modo de imperativo: “obra de modo que merezcas a tu propio juicio y a juicio de los demás la eternidad, que te hagas insustituible, que no merezcas morir”: apetito insobornable de cielo. Una forma de orgullo y transgresión disimulada en donde Dios no aparece de forma directa, sino como inmortalidad. No deja de ser otra transgresión, otra forma de impiedad.

Analiza el concepto de igualdad en Ortega, la asunción de una igualdad de origen y su primera resolución mediante la distinción de la nobleza de quien se entrega a causas superiores y se esfuerza en ellas. Nobleza como orgullo trabajado que impide el esnobismo (*sine nobilitate*). Una segunda resolución en un resentimiento de quien no le queda otra que reconocer la diferencia y las capacidades superiores de otros, recurriendo al derecho a la vulgaridad. Y la última resolución en el hombre masa que se enorgullece de su vulgaridad. La rebelión de las masas es este derecho a la vulgaridad. Este último, a diferencia del segundo, no “aliña su ensalada emocio-

nal con resentimiento”, sino que vive su mediocridad con estupenda complacencia. La serenidad escéptica de la renuncia que diría Voltaire. Una resolución de orgullo “sin fanatismos” que diría Benedetti.

También habla el autor de la identidad y de la diferencia, y trata estos fenómenos en relación con la raza, la orientación sexual y el orgullo colectivo como el patriotismo o el nacionalismo los cuales analiza con relación al orgullo del que se siente bien siendo quien es sin necesitar enemigos y el que sí los necesita para reafirmarse. Y se pregunta algo trascendente: ¿el orgullo de la diferencia equivale al exhibicionismo o al testimonio? Lo que queda claro es que el orgullo siempre tiene que ver con elementos de la propia identidad por muy dispares que sean. El orgullo siempre tiene al yo como elemento constituyente, como objeto de su intención. El autor trata también este tema en relación con la vergüenza propia y ajena, y la importancia de los otros para la propia identidad. El orgullo bueno es el sentimiento ante la propia excelencia, y el orgullo malo o soberbia es la sensación de superioridad y desprecio. El primero tiende a subir y segundo tiene a bajar a los demás.

Por último, el autor trata el futuro del orgullo donde hace afirmaciones rotundas en relación con el futuro de la naturaleza humana y de la humanidad en general. Un análisis muy actual, donde demuestra estar a la última en avances de tecnología y neurociencia. También una interesantísima *epojé* o autoanálisis del propio orgullo del autor mediante la suspensión temporal de toda posición o afirmación de verdad. La apertura de par en par a su conciencia pura. Una meditación orgullológica fundamental que hace en dos ámbitos: los problemas filosóficos y la armonía musical. Un análisis solitario sin comparaciones. No se pierdan los resultados. Solo una pista: el jazz sale bien parado...

Mikel Gorriti Bontigui
flingorri@gmail.com